

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

PRECIO DE SUSCRICION.
Madrid con el Diario 6 rs. mes.
Frv. 20 rs. trim. 36 com. 70 aña.
UN NÚMERO, 2 CUARTOS.
Una mano (25 ejemplares) 4 rs.

DIARIO UNIVERSAL DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA

PRECIO DE ANUNCIOS:
En todas las ediciones
CUATRO REALES LINEA,
en rebaja á los anunciantes que
contraten con la Administracion

ANO XXX. NUM. 7847.

MADRID MIÉRCOLES 18 DE JUNIO DE 1879.

OFICINAS MAYOR 120

TRANSPORTES Y ENCARGOS PARA EL extranjero. Tetuan, 14.

TRANSPORTES PARA ASTURIAS Y GALICIA.—R. Ramirez, Alcalá, 12.

TRANSPORTES PARA JAEN Y GRANADA.—L. Ramirez, Alcalá, 12.

CERVEZA INGLESA
de la fábrica Salt & C.° de Burton & 6 rs. botella.—Cármén, 10.

EDICION DE LA MAÑANA
DE HOY 18 DE JUNIO.

La Gaceta de hoy publica las siguientes disposiciones:

Guerra.—Reales decretos autorizando al ministro de la Guerra para que presente a las Cortes el proyecto de ley de ascenso del ejército y el de recompensas del mismo.

Otro aprobando el reglamento reformando la real y militar orden de San Hermenegildo.

Reglamento á que se refiere la anterior real orden.

Ultramar.—Real decreto autorizando al ministro de Ultramar para que presente a las Cortes el proyecto de ley por el que los senadores electos de la isla de Cuba podrán tomar asiento en el Senado.

Naufragio.—Real orden disponiendo se añada el párrafo 2.º del caso 9.º del artículo 225 de las ordenanzas de aduanas en los términos que en la misma se expresan.

Otra resolviendo que no proceda otorgar al ayuntamiento de Pola de Gordon (Leon) la rebaja que ha solicitado en su cupo de consumo.

Otra disponiendo conforme á lo solicitado por D. José Casado que se amplie la habilitación de la playa de San Andrés en Málaga para la descarga y despacho de los materiales voluminosos y pesados que se destinan á la construcción y conservación de ferro-carriles.

Fomento.—Real orden autorizando á don Isidoro Perez para establecer y explotar una grua en el muelle del puerto del Ferrol.

Esta madrugada recibimos los siguientes despachos telegráficos:

Versalles, 17 (4 5 t).
CAMARA DE LOS DIPUTADOS.—El ministro de Comercio, Sr. Tirard, reclama contra la omisión en el extracto de la sesión de ayer, publicado en el Diario Oficial, de las palabras ofensivas al gobierno

pronunciadas por el diputado Sr. Cassagnac.

El presidente de la Cámara, Sr. Gambetta, contesta que la mesa, considerando que el ultraje está fuera de su repulsa, ha acordado que se omitiera en el Diario de las Sesiones.

La Cámara vota una orden del día aprobando la conducta de la mesa.

Aprobada también el nombramiento de una comisión encargada de modificar el reglamento interior de la Cámara.

Continúa el debate sobre los proyectos de ley del Sr. Ferry, relativos á enseñanza pública.

Versalles, 17 (4 15 t).
SENADO.—El presidente anuncia que el jueves próximo, á las diez de la mañana, se reunirán ambas Cámaras formando Asamblea nacional, para modificar el artículo de la Constitución sobre el punto de residencia de las Cámaras, restableciendo estas en Paris.

Mesina, 17 (t.).
El Etna se ha presentado hoy en grande erupción.

A los ruidos subterráneos ha sucedido un espantoso temblor de tierra que ha dado por resultado el derrumbamiento de varios edificios.

Un gran número de personas han perecido aplastadas entre las ruinas de estos.

Relina gran consternación.

Argel, 17 (7-30 t).
El jefe de los insurrectos Ouled Daoud ha ofrecido su sumisión.

Se considera terminada la insurrección.

Viena, 17 (7-30 t).
El presidente del Consejo de ministros, conde Andrassy, se halla enfermo de neumonía. El emperador y la emperatriz le visitaron ayer.

El ilustre enfermo ha experimentado hoy una notable mejoría.—Fabra.

Paris, 17.
En la Bolsa se ha cotizado:

El 3 por 100 francés, á 87-7/8.

El 3 por 100 id., á 116-00.

Exterior español, 45 5/16 (holsin 15 3/16).

Interior id., 45 1/8 (holsin 14 3/16).

Amortizable, 00 (holsin 36 3/4).

Obligaciones de Cuba, 445 (holsin 445).

Consolidados ingleses, 97 3/4.

En algunas provincias, por ejemplo en la de Madrid, hace mucha falta el aumento de la guardia civil. Los pueblos reclaman, y con justicia, la presencia de la guardia civil, y hasta facilitan el alojamiento de la fuerza, pero ésta cuenta con un número limitado de plazas y tiene que atender á todos los servicios de su instituto en la demarcación provincial.

Hay un medio, y es que las diputaciones provinciales, realizando economías

destinaran el producto de éstas al sostenimiento del aumento de fuerza como se ha hecho en algunas provincias. La ley les concede ese derecho, y sin mayor gasto para los contribuyentes pudiera verse cumplida la aspiración de las poblaciones.

Leemos en la Discusion:
«Parece, según noticias autorizadas, que ha habido tempestad, aunque según creemos, á tiempo conjurada, entre los señores de la comision de actas, los cuales, á puerta cerrada, no acertaban ni á entender e ni á que se abriese la sesion ordinaria.»

Visto con estraña su tardanza, no faltó sin duda quien participase al presidente del Consejo de ministros la ocurrencia, y se personó vestido de uniforme, consiguiendo aplacar las iras en union del señor Romero Robledo, y no debió, sin embargo, quedar muy á satisfaccion la cosa, pues á las dos y media abandonaba el Congreso el general Martínez Campos de muy mal talante, acompañado del individuo de la comision D. Celestino Rico, que parece ha abandonado el campo centralista y se ha pasado al ministerial con armas y bagajes.»

Nada de lo que refiere el colega es cierto.

Es de todo punto necesario que el celestísimo ayuntamiento fije su atención y lleve su actividad á la desheredada zona de ensanche, donde absolutamente puede establecerse industria alguna, ni haber vecindario, toda vez que carece de servicios municipales.

De las 180000 pesetas presupuestadas para canalizaciones y conduccion de aguas á las Peñuelas y otros puntos de la capital, bien se pudiera gastar una buena parte para establecer tan útil servicio.

En los círculos políticos se aseguraba anoche que el Sr. Posada Herrera se hallará en Madrid cuando empiece en el Congreso la discusión del Mensaje.

El articulado del proyecto de ley leído ayer tarde en el Senado por el ministro de Ultramar, dice así:

1.º Los elegidos para el cargo de senador en representación de la isla de Cuba en virtud de la convocatoria á Cortes de 10 de marzo último, podrán tomar asiento en el Senado desde luego aunque no reúnan las condiciones exigidas por el art. 22 de la Constitución de la monarquía.

2.º En lo sucesivo únicamente podrán ingresar en el Senado con la representa-

cion de las provincias de la isla á que se refiere el artículo anterior, los elegidos en quienes concurren las condiciones dispensadas á los que hoy la obtienen.»

Anoche decian algunos diputados que la comision de actas despues de presentar los dictámenes acordados ayer, se reunirá para ultimar todos los otros pendientes.

Anoche asistió al teatro del Principe Alfonso S. A. R. la princesa de Asturias.

En los círculos políticos era anoche objeto de todas las conversaciones el discurso que pronunció al final de la sesion del Senado, el ministro de la Gobernacion.

Los políticos que juzgan las cosas con más apasionamiento que exactitud, veían en las frases del Sr. Sivela una intencion y un alcance que indudablemente no les dió su autor, y los que no se impresionan tan fácilmente y no dan más importancia á las palabras que lo que estrictamente dicen, sostenían con razones de peso que el joven ministro se defendió de las alusiones de que habia sido objeto, justificando su actitud absolutamente imparcial y recta durante las elecciones.

El Sr. Romero Ortiz, que ha estado dos dias ligeramente enfermo, se hallaba ayer restablecido de su dolencia.

El embajador de Francia obsequió anoche con una espléndida comida á varios individuos del cuerpo diplomático, asistiendo también á la misma el Sr. Cánovas del Castillo, el conde de Cas. Valencia, el marqués de la Puente, el subsecretario de Estado, Sr. Ferraz, y los condes de Velle.

Ayer tarde fueron recibidos por S. M. el rey en audiencia particular, D. José Emilio Santos, D. José Lopez Fabra, el cronista de Madrid D. Julio Nombela, D. Juan de Dios Rada, D. Juan de Mata y Manera, D. Francisco Jimenez Lomas, D. Tomás Breton, D. José Pi y Suñer, el duque de Grammont y D. Pedro de Rocamora.

Parece que el Sr. Alcalá Galiano no volverá á encargarse del gobierno civil de Alicante; pasará á otra provincia.

Dico un periódico que han sido citados por el juzgado del Centro de esta

corte á declarar en el ruidoso litigio de la compra de los mercados, los señores Moreno Florza, Romero Paz, alcalde primero y secretario del ayuntamiento.

Ha sido nombrado alcalde de Játiva D. Antonio Chocomeli.

Anoche á las once se disparó un petardo en la calle de Tetuan con detonacion ruidosa, produciendo el sueno natural de los transeuntes. El cartucho era de pólvora ligado con bramante.

A los rumores referentes á la salida del Sr. Orovio del ministerio, contesta anoche la Política:

Estos rumores son tan autorizados como los de los anteriores dias. El Sr. Orovio no tiene motivo alguno para abandonar la cartera de Hacienda, y si lo tuviera no necesitaría escitaciones de los periódicos de oposicion.»

No es cierto que el señor ministro de Hacienda trate de comprender nuevas especies en el impuesto de consumos, pues según hemos oido decir, existiendo latente la cuestion de substancias y teniendo carácter general, el gobierno no pretende en modo alguno hacer más aflictiva la situacion de los pueblos.

El Sr. Pelayo Cuesta hará uso de la palabra esta tarde en la discusión del Mensaje en el Senado, y tanto por esto como por tener que despachar asuntos de su profesion, no terminará el resumen de la discusión habida en el Ateneo sobre las bases de la enseñanza hasta la noche del viernes próximo.

Volvemos á advertir á los periódicos que todavia no se encuentran en las condiciones legales de su publicación, que es urgente para sus empresas llenar cuanto antes esta requisito.

El periódico inglés el Standard publica en su número del 11 del actual un comunicado del cónsul de Inglaterra en Cádiz, haciendo constar que el vapor de su nacion Bostlyn, que fué apresado en las aguas de Cádiz, cargado de tabaco de contrabando, fué declarado en libertad, así como toda la tripulación, sin pagar multa alguna. El cargamento de tabaco quedó decomisado, desconociéndose á quién pertenecía.

182 MARCOF. 183

San Estéban para que tomen aliento los caballos, y allí encontraremos un amigo que nos proporcionará tres trajes completos de republicano.

—¡Pardiez! —me horripilo al pensar que voy á mancharme con el contacto de tales diablos.

—¿Conoces otros mejores?

—No.

—Me pondría el del diablo, —dijo el marino, —para conseguir mi objeto.

—Teneis razon, amigo mio; no pensemos más que en Felipe.

—Y en Ivona —murmuró Keinec.

—¿Pues por qué y preguntó?

—¿Pues por qué?

—Esperaré hasta que haya adquirido una certeza.

—¡Pobre muchacho! —dijo el marino exhalando un suspiro.

—He registrado todas las ciudades de Bretaña, á escepcion de Nantes, —continuó Keinec.—tal vez esté en ella Ivona.

—¿Quién es Ivona? —preguntó Boishardy.

—La que amo, señor conde.

—Es verdad, Boishardy no sabe esa historia, —añadió Marcof.— Cuéntasela, Keinec; le interesará, y tal vez te dé excelentes consejos.

—Il iba, Keinec, —dijo afectuosamente el jefe realista desviando un poco el caballo para que el joven pudiera acercarse.

Keinec puso su caballo entre los de sus jefes, reflexionó algunos instantes y dió principio á la leyenda de sus mores y de los de Jahocca, con ese estilo de una rusticidad salvaje, pero lleno de poesía, que es característico al aldeano bretón.

Keinec se animaba hablando; al recordar á Ivona, robada por Diego, lágrimas de rabia surcaron su rostro; su puño, crispado, martirizaba el arzon de la silla, y por una contraccion de los músculos, apretó con tal fuerza al caballo, que el pobre animal lanzó un relincho de dolor.

Boishardy cambió una rápida mirada con Marcof al oír pronunciar los nombres del caballero de Tessy y del conde de Fouqueray.

—¿Son los mismos? —preguntó.

—Sí, —respondió el marino.

—El negocio se aclarará, pues en vez de complicarse, buen indicio.

—Sin duda, pero no puedo olvidar las últimas palabras pronunciadas por aquel miserable caballero.

—¿Cuándo le encontrasteis moribundo en la abadía de Plogastel?

—Sí.

—¿Qué palabras eran esas?

—Dijo: «Véngame de los que me han asesinado, y entréglalos á la justicia.» Esta no

es hermana nuestra, es su querida... es... Y espiró sin poder acabar, —añadió Marcof con un movimiento de ira.

—Pero ¿á quién seaba de su muerte?

—Al conde de Fouqueray.

—¿A su hermano?

—Decia que ese hombre no era su hermano.

—¿Cómo es eso?

—He aquí lo que no sé, lo que daría todo un mundo por saber.

—Tal vez ese miserable estaba delirando al hablar así; la agonía causada por el veneno produca alucinaciones muy extrañas.

—No lo niego, pero creo que en aquel momento no deliraba.

—¿Qué os induce á hacerlo?

—Una verdad que me confesó y que demuestra hasta la evidencia que no era hermano del conde.

—¿Una verdad?

—Sí, reconocí en él un antiguo bandido que encontré en otro tiempo en los Abruzos. En aquella época solo le habia visto durante algunos minutos, pero fué en circunstancias tan importantes que su rostro se quedó grabado en mi memoria.

—¿Y lo confesó?

—Sí. ¿No te acuerdas, Keinec?

—Lo oímos Jahocca y yo.

—¿Qué pensais de esto, Marcof?

—No sé qué suponer. ¿Era ese Rafaci (aquel miserable se llamaba así) el que engañaba al conde de Fouqueray, ó el conde se servía de aquel bandido? En la respuesta se encontraría el nudo de esta intriga, y desgraciadamente no puedo responderos.

—¿Es extraño? —dijo Boishardy reflexionando profundamente.

—Y así ven los campanarios de San Estéban —dijo Keinec designando con la mano dos agudas flechas que aparecian en aquel momento á la derecha de los viajeros.

—Tomemos el trote, —respondió Boishardy.—y hajamos por la izquierda á la ciudad despues de asegurarnos de que no están los azules. —Me interesa Ivona, —continuó espolando el caballo y lanzando una penetrante mirada hácia los campos inmediatos, —y daría con gusto los bienes que me quedan por descubrir el sitio donde la tienen presa.

—Si vive aun, —dijo Marcof.

—¿No lo dudéis! —escamo Keinec. Si Ivona no existiera, estoy seguro de que yo habria muerto.

—Espera, muchacho, —dijo el jefe realista.—Te prometo que, despues de libertar al marqués de Loc-Rouan, te prestaré mi auxilio para buscar á tu amada.

—Y si la hallamos, —continuó Marcof,—

desgraciados de los que la hayan hecho padre!

Keinec no respondió, pero alzó los ojos al cielo empuñando el sable que pendia á un lado de la silla. Se comprendía que el joven murmuraba interiormente un juramento terrible.

XIII.

LA PLAZA DEL DEPARTAMENTO.

Las cuatro y media daban en el reloj de la catedral de Nantes en el momento que el sol, declinando con rapidez, ocultaba su disco bajo las pardas nubes que cruzaban de ocaso á oriente, y dirigia horizontalmente sus pálidos rayos á las orillas devastadas entonces del rio Eudre, que atravesaba de un extremo á otro uno de los principales arrabales de la ciudad para ir á verter sus aguas en el Loira, enfrente de la isla de Teydan, en el centro mismo de la antigua capital del ducado de Bretaña.

Los arrabales estaban desiertos y aislados presentando el aspecto de una ciudad desierta del saqueo. Sus casas arruinadas servian de asilo á los pobres hambrientos que se reunian en cuadrillas como en las cercanias de Constantinopla para penetrar por la noche en la ciudad.

En el centro del arrabal cruzado por el Eudre, se alzaba un álamo magnífico, adornado de guirnaldas y de cintas entrelazadas de los tres colores nacionales, al que habian convertido recientemente en árbol simbólico de la libertad. En su tronco recto y elevado habian fijado un cartel, en el cual se leían las palabras siguientes:

«Así como el sol envia sus rayos á todos los puntos de nuestro hemisferio, el anciano puede enviar su sangre y sus virtudes á los sitios en donde la libertad necesita defensores.»

Dos ó tres grupos de una docena de niños reían, corrían y gritaban con alegría en torno de este álamo patriótico, cuando se oyó á lo lejos el estampido del cañon y el rumor del trote de tres caballos que entraban en el arrabal y se dirigian hácia la ciudad.

Aparecieron entonces á lo largo de la orilla del Eudre tres viajeros vestidos con el traje completo de los patriotas de la época, y eran Boishardy, Marcof y Keinec.

Al oír los cañonazos, los ginetes se miraron con asombro é inquietud, y exclamó Boishardy:

—¿Qué estruendo es ese?

—¿Se batirán en Nantes? —murmuró Marcof.

—No es posible.

—Sin embargo, ese estruendo es de cañonazos.

—Esoos muchachos nos lo dirán tal vez, —dijo Boishardy que los llamó en voz alta.

Uno de ellos acudió al momento seguido de cuatro ó cinco.

—¡Dí me, muchacho, —preguntó el jefe realista;— ¿sabes por qué tiran cañonazos?

—Sí, —respondió el niño; — tiran contra los aristócratas.

—¿Han atacado la ciudad?

—No, —dijo riendo el niño.— Es la oracion de la tarde, como dice el ciudadano Carrier.

Marcof y Boishardy se miraron y murmuró el marino:

—¡Qué infamia!

Boishardy lanzó una mirada para recomendarle prudencia, y volviéndose hácia el niño que se habia acercado á jugar con las crines de su caballo, le preguntó:

—¿Qué oracion de la tarde es esa del ciudadano Carrier?

—No lo sabais? —dijo el niño.— ¡Hace muchos dias que faltais de Nantes?

—Acabamos de llegar de San Nazario.

—¿Es decir que ignorais lo que sucede?

—Sí, hijo mio, ¿qué sucede?

—Que matan á los aristócratas en la plaza del Departamento.

—¿Han trasalado allí la guillotina? —preguntó con impaciencia Marcof.

—No, —respondió el niño riendo á carcajadas.

Se oía en tanto el estampido del cañon, y temiendo Boishardy algun arrebato del marino, tomó enseguida la palabra.

—Explicanos lo que sepas.

—Mi padre hablaba ayer de esto. En primer lugar, habeis de saber que ya no hay tribunal para sentenciar á los aristócratas, y por otra parte, como la guillotina ya despaño, ayer noche sacaron trescientos bandidos del depósito, los llevaron á la plaza del Departamento y los mataron á cañonazos.

—¿Y se repite la funcion esta noche?

—Sí, y todos los dias se hará lo mismo.

Marcof exhaló un suspiro que parecia un rugido, y Boishardy, temiendo que una impudencia les comprometiera, dió las gracias al niño, espoló el caballo y partió á escape seguido del marino y de Keinec.

En aquel momento cesó el estruendo del cañon.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Marcof.

—¡Cuidado con lo que hacéis, amigo mio! —le dijo Boishardy.—Vuestro carácter va á perderos.

—En efecto, —respondió el marino;— hará un esfuerzo para reprimirlo.

—¿No os parece que debiamos esperar la noche para entrar en la ciudad?

